

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 248 – viernes 27 de diciembre de 2019

Disfrutar la Natividad del Señor

Emilio Álvarez Frías

Aunque el piruleo continúa en esta semana en la que la mayoría de los españoles se la toman de vacaciones por activa y por pasiva, los ansiosos de poder siguen discutiendo sus cuitas y apenas son capaces de disfrutar de la alegría que debe mediar entre los habitantes de la tierra, pues, como sabemos, ha nacido Dios, celebramos su nacimiento entre nosotros, aunque, como es conocido por los creyentes, el nacimiento en nosotros se produce cada día. No obstante, leeremos algo de las presiones de Sánchez y la Calvo a la abogacía del Estado para que abran el camino a la libertad de Junqueras, lo que confirma los chalaneos de estos sociatas+marxistas para conseguir el poder; por su parte Torra continúa al frente de la Generalidad sin que nadie le tire por el balcón donde colgó las pancartas independentistas; los negociadores de ERC prosiguen en sus trece convencidos de que achantarán a Sánchez para que les de lo que quieren, etc. Nada nuevo por ahora. En el entretanto nosotros disfrutamos visitando Belenes, tomando una copa con los amigos y familiares, integrando la masa de compatriotas y de gentes otras nacionalidades que llenan las calles del centro de Madrid, cruzaremos una y más veces por nuestra querida Puerta del Sol contemplando el reloj que con sus campanas nos pasarán de un año al otro, colaboraremos con las instituciones civiles que en estas fechas, y todos los días del año, ayudan al menesteroso al margen de las instituciones del Estado, cosa en la que no se mezclan ni los sindicatos –que tanto piden para los que tienen trabajo olvidando a los que rastrean por la ciudad sin la ocupación deseada para mantener a su prole– ni los partidos políticos –aunque sí prometen, «disparando con pólvora del rey», como reza el dicho desde los tiempos de los Tercios de Flandes– que no saben ni tienen medida de lo que es la economía y cómo el Estado, las Comunidades y los Ayuntamientos han de aprovechar debidamente el dinero para levantar el país.

Durante esta semana, y quizá la próxima, cuidaremos de estar informados pero no perderemos demasiado el tiempo en esa tarea. Hay que reflexionar, hay que hacer examen de conciencia, hay que pergeñar la agenda para vivir cada día que nos espera en el siguiente periodo anual, hay que diseñar concienzudamente el presupuesto que ha de permitirnos subsistir durante ese

En este número:

- ✚ **Disfrutar la Natividad del Señor,** Emilio Álvarez Frías
- ✚ **¿Dónde está Ortega Lara?,** Ángel Pérez Guerra
- ✚ **Negras Navidades,** Gregorio Morán
- ✚ **Nos la han medito doblada,** Javier R. Portella
- ✚ **Tensión en la abogacía del Estado por las presiones del Gobierno para el «gesto» a ERC,** Carmen Lucas-Torres
- ✚ **David y Genta,** Jesús Laínz
- ✚ **En favor de la desigualdad,** Miguel Ángel Belloso

tiempo, y, sobre todo, hemos de intentar convertir todo en felicidad. Nada de odios, nada de rencores, nada de enfados o peleas: amor a nuestros semejantes, paz para todo los hombres y las tierras, y honradez sin límites, honestidad para dar y tomar, valor para vivir los acontecimientos que nos esperan, estilo para hacerlo con calidad.

Nuestro botijo de hoy lo hemos dedicado a montar en su interior un Nacimiento. Es un lugar abrigado en el que la Sagrada Familia puede reposar igual que en la cuadra de Belén, y en el que, con un poco de hierba y musgo se puede hacer un lecho en el que duerma relativamente cómodo el Niño Dios. Desconocemos quién fue el artesano que hizo este primoroso Pesebre, pero lo vamos a disfrutar a rabiar mientras cantamos un villancico en el que hemos introducido, junto a la pandereta y la zambomba, la clásica botella de Anís del Mono que, rasgueando en ella con un cuchillo o tenedor, se consigue el acompañamiento imprescindible para que el canto popular recobre todo su valor. Y a nosotros nos gusta lo popular, el pueblo con el que convivimos, sus labores, sus creaciones, no como a otros que hablan mucho y aprovechan cualquier ocasión para enriquecerse y vivir a «cuerpo de rey», a ser posible dentro de las instituciones del Estado donde la responsabilidad se pierde por las rendijas y el dinero no es de nadie, como ha tiempo nos enseñara Carmen Calvo.



Aunque hay algunos que dicen que la Iglesia católica es universal, ecuménica, la Fundación canónica del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, con el arzobispo Metropolitano de Barcelona y sus nueve miembros al frente, sin olvidar al párroco José María Turull, deben considerar que no es así, que eso es una aberración, pues la felicitación navideña que ha distribuido a los cuatro vientos va en seis idiomas, incluyendo el árabe, pero no el español. O bien consideran a la España evangelizadora de medio mundo al margen de la religión católica, o España no existe. Amén.



¿Dónde está Ortega Lara?

Ángel Pérez Guerra

En el mitin de cierre de campaña de las elecciones andaluzas que ahora la ministra Montero, por encargo de otros, quiere neutralizar mediante la asfixia económica que ella originó, el partido Vox, entonces apenas floreciente tras el acto de Vistalegre, trajo a Sevilla, a orillas del Guadalquivir, literalmente hablando, a un hombre pequeño de estatura pero gigante como ser humano, que tuvo una intervención memorable. Aquel orador revestido de una modestia franciscana y portador de un bigotito pasado de moda dio una lección de alta política a un auditorio enardecido que acababa de escuchar

el himno de la Legión y se encontraba con un ponente que hablaba en voz baja, discreto y tímido, de cuya garganta salieron ideas que algunos entendimos como la columna vertebral de la faena que nos aguardaba.

Habló, sobre todo, de educación, de juventud, de futuro. Se dirigió a las nuevas generaciones en tono de amigo, sin renunciar a los consejos sino administrando sabiduría rebozada de ternura. Ese hombre, que parecía seguir asustado pero que le echó a su discurso un valor y unos valores de los que casi nadie hablaba entonces y que siguen huérfanos hoy, había pasado 532 días de su vida privado de libertad, de luz, de oxígeno y del amor de los suyos, hasta que un guardia civil bajó del mundo al infierno para echarle un brazo sobre el hombro y convencerle de que la vida seguía allá arriba tal como él la había dejado.

José Antonio Ortega Lara fue socio fundador de Vox y su icono hasta que, nuevamente, parece habérselo tragado la tierra. Imagino que algo puede tener que ver aquella tarde en Granada, tras el desalojo del Psoe del Gobierno andaluz, en



Ortega Lara con Santiago Abascal

que fue recibido a las puertas del cine donde iba a intervenir en un acto del partido al grito de «¡Ortega Lara, al zulo otra vez!». El odio en esta España que lo castiga legalmente si tiene como víctima a unos, campa por sus respetos cuando se ensaña con otros. Y Ortega Lara era el blanco perfecto para ese Caín que sigue recorriendo los páramos patrios buscando abeles.

Lamento que Vox parezca haber perdido a Ortega Lara, que pondría esa nota humanista y paternal que tan bien le vendría a la única fuerza política capaz de captar las necesidades vitales de los españoles, hoy por hoy. Y si es lo que presiento, me gustaría ser yo hoy aquel guardia civil y echarle de nuevo el brazo por el hombro, mientras le susurro al oído algo como «Tranquilo, José Antonio. Las alimañas huyen. Los héroes como tú son inmortales».

Negras Navidades

Gregorio Morán (*Vozpopuli*)

En nuestro mundo asociamos la Navidad con el blanco. La nieve es blanca, las fiestas son blancas, la reunión familiar es blanca y hasta el futuro post navideño se cubre de un blanco impoluto. En Rusia descubrí que la nieve puede ser negra, fangosa y sucia; fue como una revelación de que nada es como creemos que debería ser. En nuestro propio país lo sabemos bien, hemos vivido navidades horribles donde no había lugar para el blanco, donde todo era gris tirando a negro. Incluso con manchas rojo sangre. Pero la evocación siempre nos lleva a las blancas Navidades.

Si tuviera que hacer una crónica a paso de trineo de estas Navidades del 2019, el primer ruido de zanfoña, ese estruendoso instrumento que emite el sonido de un carnero en

degüelle, llegaría de la mano del primer ministro británico. Si aparcáramos el asunto medular del Brexit, lo cual es ya mucho dejar de lado si hablamos de política, estamos ante una figura que nos evoca a Donald Trump y lo consigue por razones que nada tienen que ver con su biografía y aún menos con sus bases electorales. O quizá sí.

Estamos en los albores de una nueva época, nada que ver con otra generación. Es otra cosa. Que un mentiroso compulsivo, cínico y desvergonzado gane unas elecciones no resulta una novedad. Sólo los mediocres encandilados se hacen migas ante ese caballero pasado por Oxford, como si eso le diferenciara sustancialmente de Donald Trump. Uno se dedicó a engañar a los profesores y otro a sus socios empresariales. Conozco españoles que pasaron por Oxford y se podría decir que no por eso dejaron de ser los mismos simples que se pueden encontrar en Salamanca con sobredosis de ínfulas y pedantería.

Lo nuevo de la victoria electoral de Boris Johnson no es el desparpajo de sus mentiras, sino que ha logrado descoyuntar el esquema en el que la sociedad europea más



experimentada políticamente se desarrolló durante un par de siglos. La diferencia entre el voto laborista y el conservador estuvo marcada por sus intereses como no podía ser de otra manera, pero que el voto de la clase trabajadora británica se desplazara a los conservadores es un cambio de época, no sólo de generación.

En la interesante correspondencia muy privada que mantuvieron durante la II Guerra Mundial Gregorio Marañón y Ortega y Gasset hay una carta al final de la contienda en la que Ortega, con su empaque y su incapacidad para ver lo que no quería ver, hace referencia a las elecciones en Gran Bretaña.

Churchill, después de su gallarda actitud frente a la Alemania nazi, tenía el triunfo electoral asegurado. Pero no fue así, los ingleses consideraron que el mismo conservador que los había llevado a la victoria en la guerra no era el hombre que podía restañar las heridas económicas que había dejado la pelea. Ganaron los laboristas para pasmo de Don José, que los detestaba.

El laborismo británico, aún más que la socialdemocracia alemana, fue el imán de la clase trabajadora europea. Si teóricamente dominaban los germanos, a la hora de elaborar políticas económicas la eficacia del laborismo era incontestable. Convendría preguntarnos ahora que la derrota laborista no tiene precedentes en muchas décadas y la arrolladora victoria conservadora tampoco. Si la clase trabajadora británica, humillada en su día con las políticas de Margaret Thatcher, se ha desplazado hacia el payaso avisado de Boris Johnson, estamos ante un cambio de onda larga. Los trabajadores fían más en las aventadas políticas del líder conservador que en la moderación de Jeremy Corbyn, siempre pegado a lo obvio y con neto desinterés hacia el Brexit. ¿Dónde está el rasgo de nueva época que va más allá de un conflicto generacional? En que los conservadores adoptan aires de populismo obrerista y los laboristas se hacen mantenedores del statu quo. Lo nunca visto desde los embelecos totalitarios de los años 30.

Mal deben ir las cosas cuando el lema de la izquierda democrática consiste en que no me quiten lo que tanto trabajo me costó conseguir, mientras la derecha insiste en renovaciones y revoluciones digitales y ambientales. Porque los papeles, cuando cambian, se acentúan. Los feudos laboristas de la clase trabajadora británica han apoyado la deriva conservadora y esto habrá de tener consecuencias inmediatas que harán más

complejo el inveterado caminar del bipartidismo inglés. Se asoman en el horizonte referéndums en Escocia e Irlanda del Norte y cuando aparecen los referéndums se achica la vida democrática; todo se decide en un sí o un no.

Los partidos políticos quebraron en Italia de tanto latrocinio de Estado y se construyeron trampantojos electorales para gobernar sobre pautas aún peores que las de antaño. La izquierda francesa se ocultó bajo el horizonte y surgieron movimientos de protesta sin ambición de poder, sólo con el ánimo de no sentirse perjudicados por las nuevas políticas hacia una clase social que se desplaza, pero se mantiene. El espejo de los trabajadores de Europa se miraba en la socialdemocracia alemana desde los tiempos de Bismarck y Lasalle; lo que hoy parece un museo en liquidación fue un pilar sólido de teoría y práctica políticas. Lenin decía en sus ratos de destemplanza, que eran muchos, que la clase obrera alemana si tenía que tomar por asalto una estación, antes sacarían el billete de



Churchill con su gesto y puro característicos

andén. Viejas historias que pertenecen ya a la arqueología y que son apenas vahídos de otra época irremisiblemente muerta. Los graciosos de la ideología supuestamente progresista cada vez se parecen más a los viejos burgueses y no sólo por la garantía de sus patrimonios, sino porque repiten como un mantra que la ofensiva reaccionaria en todos los frentes y el desmorone de la izquierda tradicional son

una invención de la derecha para asustar a los niños empoderados. Por eso estas ideas de bombero incendiario según las cuales cuanto más cerca estemos del abismo más representativos seremos de la sociedad desquiciada en la que vivimos, tienen la virtualidad de servir de seguro a su frivolidad. En el fondo la garantía de sus empleos blindados son lo único que importa, el resto no es más que paisaje.

¿Hace falta decir que en España estamos metidos hasta el corvejón en una deriva inquietante? No es que los trabajadores voten a las derechas ni que los pasteleros de la ideología analicen con optimismo las buenas vistas que nos ofrecen los abismos. Lo grave es que traten de engañarnos diciendo que son los defensores de una democracia más auténtica. Como si la política se hubiera convertido a la fe ecológica.

Nos la han metido doblada

Javier R. Portella *(El Manifiesto)*

Doblada y por partida doble nos la ha metido Uropa (que no Europa, nuestra patria grande). Jugando con argucias y triquiñuelas jurídicas en cuyo somnolento tedio no voy a entrar, lo que la sentencia del Tribunal Superior de Justicia de la Unión Europea dictaminó este jueves es muy claro. En lenguaje llano lo ha expresado el prófugo de Waterloo: el Estado español tiene secuestrado a Oriol Junqueras (y a mí, escolti, igual

em passaria si tuviera las narices de presentarme en Madrid..., i a lo mejor lo voy a hacer, ara que soy diputat de la UE).

Y esto, el que mediante argucias jurídicas un tribunal exterior pretenda enmendar la plana al Tribunal Supremo de España y conceder inmunidad parlamentaria a un reo y a un prófugo de un delito de golpe de Estado, esto es una bofetada que nos acaba de dar a todos los españoles la Uropa de los mercachifles, plutócratas y burócratas (la doble erre no es errata) de Bruselas.

Parecía hasta ahora que, temerosos por lo del remojo de las barbas del vecino, la postura de Bruselas ante el cáncer catalán consistía en apoyar la unidad de España. Pues no, parece que esto se ha acabado y lo que ahora se impone es la lógica de los globalizadores y mundialistas que sueñan con disolver las viejas naciones de Europa (y del mundo), esos altos baluartes de raigambre, identidad y cultura, en aras de la «gobernanza» mundial.

¿Se acabó el apoyo de la UE al mantenimiento de España? Pues si se acabó, otras cosas, oigan, también se van a acabar por parte de esos benditos españoles que, hasta ahora, eran tan imbéciles como para ser los europeos que más apoyo daban al engendro de Bruselas («*le machin de Bruxelles*», que decía el general De Gaulle).

«No hay mal que por bien no venga», dicen que decía el desenterrado de Cuelgamuros: bien podríamos estar ante una magnífica ocasión de ver cómo el proverbio se verifica de nuevo.

Arden, en efecto, las redes sociales y, por primera vez desde que España entró en la UE (no en Europa, que ahí estamos desde que Europa empezó a andar hace más de dos mil años), la consigna «salir de la UE» ha barrido hoy la vieja piel de toro. Salir de la UE, impugnarla al menos, como hacen los Salvini, los Le Pen, los Orban...: no sólo por la actitud de la UE ante el cáncer separatista, sino por mil otras razones nunca hasta ahora evocadas entre nosotros. Ni siquiera por VOX, que sólo lo ha hecho, y uno lo entiende, con la boca chica.



Abogada del Estado

«SPEXIT. Spain exit EU»

«SPEXIT. Spain exit EU», dice la imagen que ilustra este artículo, la misma que en la tarde de hoy se ha convertido en trending topic en los mensajes lanzados a través de Twitter.

Frente a esa espontánea indignación popular (siempre es así, espontánea, la gran indignación popular: lo fue también aquel mes de

mayo de 1808), frente a ello, el Sistema, el Régimen, en fin, lejos de bullir de indignación ante la afrenta que también han infligido a su Estado, calla (o la crítica con comedidas palabras) y otorga. Nada más lógico por parte de nuestros dirigentes y de nuestros medios: tanto ellos como los gerifaltes de Bruselas forman parte de lo mismo.

Quedan los otros, los separatistas, que se regodean ante el regalo que les acaban de hacer: la primera victoria que obtienen en el plano internacional. Victoria pírrica, sin

embargo. Es de suponer (aunque tampoco es seguro) que el doctor Sánchez no se atreverá a ordenar a la abogacía del Estado que solicite del Tribunal Supremo la puesta en libertad del golpista Junqueras. Y si no lo hace –le acaba de chantajear Esquerra–, no habrá investidura. Habrá nuevas elecciones.

Lo cual sería lo mejor que podría pasar. La situación y la tensión se hacen cada vez más insostenibles: afrenta de la UE, insolencia separatista, ideología de género, persecución contra los varones (la infamia judicial contra los jugadores del Arandina va más allá de todo lo imaginable). En semejante contexto, unas nuevas elecciones, como decía hoy un artículo de *El Mundo*, harían que, de los actuales 52 diputados, pasáramos a 100. O más, añadido yo. Hasta alcanzar la mayoría absoluta: no hay otra solución. O esto, o...

Tensión en la Abogacía del Estado

por las presiones del Gobierno para el «gesto» a ERC

Carmen Lucas-Torres (*El Independiente*)

La vicepresidenta del Gobierno, Carmen Calvo, con el vicepresidente de la Generalitat, Pere Aragonés, en su reunión en Moncloa.

Los abogados del Estado se sienten estos días más en el punto de mira que nunca y no están, precisamente, contentos con el motivo por el que esto ocurre. La investidura del candidato socialista Pedro Sánchez, para la que necesita la abstención de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), depende del gesto de la Abogacía del Estado con el líder de dicho partido, Oriol Junqueras.

Condenado a 13 años de prisión por sedición y malversación y ya en la cárcel en cumplimiento de la sentencia del proceso, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea



Carmen Calvo con Pedro Aragonés

(TJUE) le reconoció el pasado jueves la inmunidad como europarlamentario desde que resultó elegido en las elecciones de 26 de mayo.

ERC exigió a Sánchez para investirle que el Gobierno en funciones que encabeza presionara a la Abogacía del Estado, acusación en el proceso, para pedir al Tribunal Supremo la libertad de Junqueras tras el fallo

del tribunal de Luxemburgo. El Ejecutivo socialista no esconde que ha conversado estos días con los republicanos independentistas para llegar a un punto que les convenciera. Y, en esta situación, el revuelo fue inevitable en la Abogacía. Sus miembros son conscientes de que dependen en última instancia del Gobierno, pero consideran que la utilización política que se está haciendo de la institución no tiene precedentes, según fuentes consultadas por *El Independiente*.

Calvo como intermediaria

Fuentes próximas a la institución trasladan a este diario que este tipo de gestiones relacionadas con procesos judiciales se negocian directamente entre la Abogada General del Estado y la vicepresidencia del Gobierno, es decir, con Carmen Calvo.

Las mismas fuentes afirman que Consuelo Castro no es precisamente «rebelde» ni tampoco las abogadas del Estado que han asumido la representación de la acusación en el juicio del procés. Por eso, las tensiones en la Abogacía no habrían surgido de discusiones con el Gobierno, sino más bien por la imagen que se trasladaría de la institución y por la dificultad de «afinar» la manera de obedecer al Gobierno y por lo tanto contentar a Esquerra dentro de los márgenes de la lógica jurídica y la coherencia con anteriores posiciones en el caso.

La Abogacía del Estado ya informó a favor de que Oriol Junqueras saliera de la prisión preventiva y fuera a jurar la Constitución tras el resultado electoral del 26 de mayo y antes de la sentencia del procés. Sin embargo, los magistrados de la Sala Segunda decidieron finalmente no permitirle salir de la cárcel ante la «cercanía» de la sentencia y por el riesgo de fuga después de la experiencia de Puigdemont.

David y Greta

Jesús Laínz (LD)

David Bellamy debió de ser un buen tipo. Al menos eso es lo que parecía en la televisión. Y también lo que dicen de él todos los que le conocieron.

Supe de su existencia en 1975, en aquel colegio rodeado de bosques a la orilla del Támesis con el que cuarenta y cinco años después sigo soñando alguna vez. Porque un par de días a la semana la clase de ciencias consistía en sentar a la infantería ante el televisor para que quedara hipnotizada con las historias de robles y castaños, de ranas y mariposas, de zorros y comadreja que contaba aquel grandullón sonrosado y barbudo como el abuelito de Heidi. Tan grande era su entusiasmo, tan apasionante su explicación, tan contagiosa su alegría, que nos entristecíamos cuando terminaban unos programas que siempre se nos quedaban cortos. Dada mi infantil atracción por todo lo que tuviera que ver con bichos, no fueron



pocos los años en los que estuve convencido de que de mayor sería biólogo, como Bellamy. La autora de mis días tenía que venir a expropiar la bombilla de mi mesita de noche para que cerrara los libros sobre insectos, setas y dinosaurios y me durmiese de una vez. La vida era hermosa. Pero con el paso de los años me torcí y acabé dedicándome al mundo de las letras, lo que sólo me ha procurado dolores de cabeza.

Erudito botánico, autor de varias decenas de libros, activo militante conservacionista, fundador y presidente de numerosas entidades dedicadas a la educación medioambiental, a la conservación de la naturaleza, al reciclaje de plásticos y otras actividades por las que recibió reconocimientos y galardones por todo el mundo, Bellamy alcanzó la fama como divulgador científico en varias series de gran éxito en la televisión británica. Un Félix Rodríguez de la Fuente en versión anglosajona.

En los años ochenta declaró que había que frenar el despilfarro energético si la Humanidad quería evitar las graves consecuencias del efecto invernadero. Pero fue convenciéndose paulatinamente de que la aportación humana al calentamiento planetario es insignificante en comparación con los cambios cíclicos, de origen solar, que experimenta continuamente la Tierra desde el origen de los tiempos.

En 1996 se le ocurrió manifestar su oposición a la energía eólica por considerarla ineficaz, momento a partir del cual empezaron a mirarle mal en la BBC. Pero la fecha clave fue 2004, cuando denunció que lo del calentamiento global por causa humana es una majadería, una moda que algunos agitan para conseguir subvenciones multimillonarias; y que entidades tan poderosas como el World Wildlife Found y Greenpeace no valen para

casi nada. Aquello acabó con su carrera. «Me expulsaron. No quisieron escuchar otras opiniones», explicaría en años posteriores desde su granja del norte de Inglaterra en la que acaba de fallecer a los ochenta y seis años.

Porque de repente todo el mundo le dio la espalda. La Royal Society of Wildlife Trusts, con la que había trabajado durante más de medio siglo y de la que era el presidente, le expulsó sin ni siquiera decírselo. Se enteró por los periódicos. Rechazado por sus colegas, olvidado por



Greta Thunberg elegida por la revista *Nature* como una de las 10 personas más relevantes de la ciencia en 2019 (????)

las televisiones, repudiado por las asociaciones que él mismo había fundado, llegó a ser escupido por la calle y a recibir cartas acusándole de pedófilo porque al negar el calentamiento global estaba matando niños.

Hablando de niños, algunos pedofrastras, empezando por sus padres y continuando por las demás personas que se aprovechan de ella, llevan un par de años manipulando a una pobre niña inmadura y con problemas psiquiátricos para conmover a las masas. Así se ahorran argumentar. Porque ¿quién va a ser tan malvado como para llevarle la contraria a una niña angustiada? Y de este modo, aplastando la razón bajo la emoción, difunden por todo el mundo su mensaje neoizquierdista con la excusa de la subida de los termómetros.

A esta niña sin conocimiento la reciben los más altos dignatarios y ponen a su disposición las más prestigiosas tribunas: Al Gore, Barack Obama, Angela Merkel, el Papa, el Parlamento británico, el Congreso estadounidense, el Parlamento europeo, la ONU, la Cumbre Mundial del Clima en la que se ha aparecido como la virgen de Fátima... Y para redondear la histeria, la revista *Nature* la ha colocado entre las diez personas más importantes en

ciencia y *Time* acaba de nombrarla persona del año, no por casualidad el año en el que ha sido designada candidata a recibir el Premio Nobel de la Paz. ¡Y todavía ha tenido la desfachatez de lamentar que «los políticos intentan silenciarnos de forma desesperada»!

Detrás de la virgen Greta y su iglesia no hay más que eslóganes vacíos, pancartas, cánticos, postureo y aspavientos. La discusión está prohibida. Los disidentes no tienen voz. El caso de David Bellamy lo demuestra, por mucho que Greta declare con trágico ademán que «no quiero que me escuchen a mí, sino a los científicos».

Pues precisamente eso fue Bellamy: un científico. Y no se le escuchó. Tendría más o menos razón, pero para debatir sobre si tenía mucha o poca están, efectivamente, los científicos, no las quinceañeras. Claro que para ello tiene que haber libertad de expresión e igualdad de oportunidades, no censura y linchamiento.

Para Bellamy, y para muchos otros como él, no hay grandes patrocinadores, ni tribunas influyentes, ni campañas millonarias, ni altavoces mundiales, ni escalafones en *Nature*, ni portadas en *Time* ni candidaturas al Nobel. Frente a la sonrisa y las razones de Bellamy, la ira y las lágrimas de Greta.

Y Jehová les dará niños por príncipes, y reinará sobre ellos el capricho, y las gentes se revolverán los unos contra los otros, cada uno contra su compañero, y el niño se alzarán contra el anciano, y el vil contra el noble (*Isaías 3, 4-5*).

De ésta acabo tomándome la Biblia en serio.

En favor de la desigualdad

Miguel Ángel Belloso (*Vizpópuli*)

Mark Zuckerberg, el inventor de Facebook, tuvo una buena idea a los 25 años. ¿Pero esto justifica que a los 50 o a los 70 años continúe decidiéndolo todo sobre una red social mundial? Cualquier persona con sentido común, inmune al pensamiento políticamente correcto y vacunada contra la envidia, respondería que sí; que puesto que él tuvo la idea y la supo llevar a buen puerto hasta conseguir el hito de contribuir a la felicidad de millones de personas tiene plena legitimidad para seguir explotando el negocio hasta el final de sus días. Si así lo desea. Pero no todos opinan igual. Los aviesos intelectuales de izquierdas que devastan la mentalidad contemporánea creen que Zuckerberg debería retirarse a fin de evitar lo que ellos llaman «sedimentación», la consolidación del éxito. Proponen básicamente que se retire para dar paso a los mediocres, a los ineptos e incluso que los sindicalistas se hagan con el control de unas compañías emblemáticas que sólo cabe que conduzcan a la quiebra.

Si usted lee los periódicos, ve las televisiones españolas o atiende con relativa frecuencia las redes sociales, todos ellos medios dominados por la dictadura de lo políticamente correcto, estará completamente persuadido de que el planeta está en una situación de emergencia. Las causas que nos abocan a un próximo apocalipsis son básicamente dos. La primera es el cambio climático, con motivo del cual se ha celebrado en Madrid una cumbre que ha durado quince días y que ha acabado como el rosario de la aurora, sin un comunicado final decente ni conclusiones dignas de mención por el simple motivo de que hay una enorme división de opiniones entre los países, no ya sobre la incidencia de la actividad humana en la evolución del clima, sino también posiciones



encontradas sobre las soluciones planteadas por la intelectualidad progre, que condenarían a la postración a las naciones en vías de desarrollo justo en el momento en el que avanzan y están viendo la luz al final del túnel.

La segunda causa de la zozobra mundial, que en España va camino de convertirse en una causa de carácter maniaco, cercano a la psicopatía, es el crecimiento intolerable de la desigualdad. Esta, igual que la otra, es una causa que no está respaldada por argumento científico alguno, sino que viene siendo sostenida por la izquierda desde que, una vez defenestrado el gobierno de Zapatero, su sucesor Rajoy tuvo que poner en marcha ajustes modestos del presupuesto a fin de evitar la quiebra del Estado y su intervención por la UE.

A juicio de la izquierda, que entonces perdió pero que domina con una eficacia envidiable las corrientes de opinión pública, aquellos modestos ajustes dieron lugar a recortes draconianos en la prestación de servicios públicos de primera necesidad: en la sanidad, en la educación, en la dependencia y más. Nada de esto es cierto, pues el gasto social en proporción al PIB, en la época de Cristóbal Montoro como ministro de Hacienda, fue incluso superior al de las legislaturas de Zapatero, pero todos sabemos, desde que el nazi Joseph Goebbels puso su maquinaria en marcha, que una mentira repetida muchas veces acaba convirtiéndose en una verdad manifiesta.

La desigualdad no es un problema en España. Los datos reflejan que creció ligeramente como consecuencia de la gran recesión iniciada en 2009, alentada por Zapatero, y que fue así por la enorme destrucción de tejido productivo y el reguero de desempleo que ocasionó. Los datos también demuestran que ha empezado a corregirse debido a la gran creación de puestos de trabajo que promovió la reforma laboral del señor Rajoy, de la que todavía vivimos. Pero los hechos se han convertido en algo irrelevante en este país. Lo esencial son las tesis, las opiniones sin fundamento y los paradigmas patrocinados por la izquierda. Y a esto quiero referirme para decir que, a mi juicio, la desigualdad es buena al mismo tiempo que el igualitarismo es nocivo.

Quitarle dinero a los ricos

La desigualdad es consustancial al género humano y hay que tener mucho cuidado en los instrumentos que se decida emplear para paliarla porque pueden provocar efectos contrarios, no deseados y adversos. Los socialistas de Sánchez, por ejemplo, y en esto piensan lo mismo que los de Podemos de Pablo Iglesias, están imbuidos del síndrome de Robin Hood.

Según ellos, para combatir la desigualdad hay que quitar dinero a los ricos para proveer gratuitamente, sin esfuerzo ni merecimiento alguno, a los supuestos pobres.

No me parece una buena idea. Sánchez e Iglesias están atizando temeraria y deliberadamente los deseos más viscerales y primitivos que esconde la naturaleza humana. Están decididos a satisfacer el sentimiento que informa el igualitarismo desde la noche de los tiempos, que no es otro que la envidia. ¿Pero pueden los políticos construir algo razonable si principalmente están animados por el resentimiento? Los individuos son física, moral e intelectualmente desiguales desde su nacimiento. La naturaleza los engendra así. Y es la civilización, la sociedad, la que intenta homogeneizarlos y suavizar sus peculiaridades, a ser posible cautamente, sin cercenar la potencia de sus aptitudes ni malograr la virtud de sus comportamientos.

La asombrosa falta de liderazgo político en Europa y en el mundo, la falta de referentes que defiendan sin ambages un proyecto liberal en favor del mercado y del sistema capitalista está dando más alas que nunca a los apóstoles socialistas, a la izquierda caviar, a los intelectuales sectarios que, no nos engañemos, han dirigido el teatro siempre. En estos momentos, además del cambio climático, su causa predilecta es la desigualdad. Como soy un consumidor compulsivo de medios de comunicación, y me gusta sobre todo conocer a los enemigos, observo desde que



me levanto hasta que me acuesto que la desigualdad es el hilo conductor que une a la intelectualidad progresista en su guerra permanente contra el liberalismo.

El último payaso venerado por todos es el economista francés Thomas Piketty, que lleva tiempo alimentando todos los movimientos subversivos del mundo, desde los demócratas de Estados Unidos hasta los revolucionarios de Chile, desde los descontentos de Colombia a los desalmados peronistas argentinos, y que es por supuesto el que oxigena a los chalecos amarillos nativos. ¿Pero qué es lo que nos propone este intelectual en el fondo *déjà vu*? Pues la confiscación de la riqueza y la devastación fiscal de la gente más valiosa de la sociedad, de aquellos que triunfan, que prosperan, que generan progreso y bienestar, que promueven empleo –los Zuckerberg, los Gates, los Amancio Ortega y más– para, a cambio, después de requisar el 90% de su fortuna, dar una paga extra de hasta 120.000 euros a todo aquel que cumpla 25 años.

«Propongo un impuesto que permita dar a todo el mundo 120.000 euros a los 25 años». Esto es lo que postula el señor Piketty sin cargo de conciencia alguno, pasando por un gran intelectual, y así nutriendo a los sátrapas de aquí como Sánchez e Iglesias, que, de acuerdo con el personaje, planean subir escandalosamente el salario mínimo, masacrar tributariamente a las clases medias y estatalizar la economía. «Quitar un 90% a quien tenga mil millones significa que le quedarán 100 millones, y con esto todavía uno puede tener un cierto número de proyectos en la vida», afirma Piketty.

«Socialismo participativo»

Seguro que muchos de mis compatriotas, animados por la envidia, por el resentimiento, por el rencor, hundidos por el fracaso y sobre todo faltos de aliento para levantarse de la lona estarán muy de acuerdo. Yo por el contrario no he leído jamás una aberración más totalitaria y opuesta al sentido común. Una demostración más clara de cómo un intelectual de izquierdas, en pos de lo que llama «socialismo participativo», quiere usurpar el papel de Dios.

La desigualdad es natural, exactamente igual que la evolución del clima. La desigualdad es buena si es el producto y el resultado de las distintas capacidades y actitudes de las personas en busca de su proyecto vital. De su trabajo, de su empeño, de su sacrificio. La desigualdad puede ser paliada equilibrando las oportunidades de todos, pero no a costa de cerrar el paso a los mejores sino a través de reformas que flexibilicen el mercado laboral, mejoren el sistema educativo o propicien un sistema fiscal que favorezca el crecimiento económico. Hacer lo contrario, que es la aspiración de la intelectualidad progre de todos los tiempos, supondría destruir la cadena de incentivos que promueve el progreso, que es el motor del desarrollo y que es clave de bóveda que nos anima a levantarnos cada día de la cama: trabajar para ser mejores en la esperanza de encontrar la retribución correspondiente. Felices Pascuas a todos y todas.

